

OTOÑO

GRANQUILO el sol á Occidente
Con lento paso declina;
La frente de oro reclina
En la púrpura del mar.

Acaso sobre las crestas
Sombrías del alto monte
Se ve, ó por el horizonte,
Alguna nube asomar.

Los vientos secos de otoño
Por las cañadas silbando,
Van los ecos fatigando
Con su monótono són.

La yerba dobla á su empuje
Tallos cortos amarillos,
Y saltan los corderillos
En el árido peñon.

Secas las hojas del árbol,
Van cayendo una por una,
A la ráfaga importuna
Del ábrego asolador;

Y las que acaso olvidadas,
Asidas al árbol quedan,
En su murmullo remedan
Un gemido de dolor.

POESIAS

Antes amor de las auras
Eran con su verde pompa. . . .
Fuerza es que, secas, las rompa
El viento ronco despues.
¡Triste condicion precisa
De la desventura humana,
El ídolo de hoy, mañana
Arrojar roto á los piés!

Las que amontonadas yacen
Al pié de árbol corpulento,
Otra ráfaga de viento
Barre con furia mayor:
Y en las ramas, en los brezos
O en las peñas tropezando,
Van por el aire formando
Melancólico rumor:

Cruzan selvas, valles, ríos;
Y hasta la opuesta ribera
Las siguen siempre, doquiera,
Su mengua, su sequedad.
¡Pobres hojas que parecen
Por los vientos impelidas,
Las ilusiones perdidas
Que va arrastrando la edad!

Doquier se vuelven los ojos,
Ven aridez y tristeza;
Solo dura en la maleza
El verdor sombrío más.

Los deleites con sus flores
De almendro, nacen apénas
Y se secan; mas las penas
No se marchitan jamas.

Ya el acento de la alondra
No suena por el ambiente;

II

Allá va el sol. Las cúpulas altivas
De la ciudad, las cimas de los montes
Doraba há poco en luces fugitivas,
Aun no traspuesto á extraños horizontes.

Corona del volcan, encima ardia
Del ancho cráter que la nieve abarca;
Y en púrpura la nieve convertía,
Cual rico manto de oriental monarca.

Mas ya cayó. Levántase la sombra
Y discurre la niebla en las montañas,
Adonde trepa por la verde alfombra
El humo de las misereras cabañas.

Allá un lago tranquilo y azulado,
Aquí se agrupa un albo caserío;
Acá el antiguo alcázar derrumbado,
Mas allá pobre ermita y bosque umbrío.

Su melena de espigas de oro agitan
Las mieses en magníficas llanuras,
Y en noble anfiteatro las limitan
De los distantes montes las alturas.

III

Ni un ave, ni un insecto, ni un ruido;
Ni una rama en los árboles se mece:
El viento en los espacios enmudece,
Y en las playas lejanas duerme el mar.

Brota por fin la brisa del crepúsculo;
Rompe la selva en flébil armonía,
Y á los destellos últimos del día
Parece con las copas saludar.

Es la muda plegaria, que en las tardes
Murmura al Creador naturaleza,
Al reclinar su lánguida cabeza
De la noche en el lecho funeral:

Himno de amor cual la oracion del niño
Que de hinojos oraba, y cuando el sueño
Tocóle con su vara de beleño,
Se reclinó en el seno maternal.

¡Oh! si tocara mi abrasada frente
Y adurmiera mis férvidas pasiones;
Si en ensueño inmortal, mis sensaciones
No dejaran en mi alma amarga hiel;
¡Cuán libre el pensamiento volaría,
Mundos salvando y recorriendo espacios,
A levantar efímeros palacios
En un mundo fantástico como él!

Mas traigo aquí mi corazon marchito,
Del que cayeron tantas ilusiones,
Cual de otoño á los broncos aquilones
Hojas ¡ay! de estos árboles caerán.

Para ellos una fértil primavera
Traen en triunfo rápidos los años;
Y en mí, tronco podrido, desengaños
Donde ántes ilusiones brotarán.

Grande es la soledad, aunque el invierno
Sus robles cambie en esqueletos secos:
Cubriendo el musgo bienhechor los huecos,
Conserva el gérmen de la vida allí.

¡Ah! que el hombre en sus míseros harapos
El gérmen solo de su muerte guarda;
Y á su raza pasándole bastarda,
Es infecundo, estéril para sí.

Es solemne esta hora, en que una duda
La mente embarga, el corazon oprime.
La pobre humanidad, que lucha y gime,
¿Camina al apoteosis ó á la cruz?

Su miseria mortal sacudiría
Para seguir en pos de una creencia,

POESIAS

Si este incierto crepúsculo á su ciencia
Preludíase una sombra ó una luz.

Triste es dudar, y el noble pensamiento
Cual la materia inerte ir arrastrando,
Y al pié de los cipreses meditando
En misterios que vela el porvenir.

Tristísimo pasear por la existencia
Con la duda en el alma, una mirada,
Y contemplar la raza condenada
Por el polvo del mundo á discurrir.

Léjos de mí su fúnebre memoria;
Léjos de mí su horrísono bullicio:
Hace el ara, aun despues del sacrificio,
A la olvidada víctima temblar.

¡Feliz, si á tristes desengaños frío,
Vivir pudiera en lánguido reposo,
O detras de un pasado tormentoso
Los mares del olvido colocar! . . .

Augusta soledad, hora sublime,
Llenad mi corazon de vuestra calma:
Honda meditacion eleve mi alma
En éxtasis purísimo hasta Dios.

Vaga melancolía, un sentimiento
Triste y dulce en mi seno se difunde,
Y el mundo, y sus recuerdos, todo se hunde
Ante el silencio augusto de las dos.

IV

Mas en torre lejana,
Como voz de otro mundo, al alma avisa
Clamor de una campana
Que llama á la oracion:
Trae á mi oído lánguida la brisa
Ecos solemnes del sagrado són.

POESIAS

V

¡Ah! los que en la tierra fuísteis
Dignos del cielo y de vos;
Los que puros sucumbísteis
Y en espíritu os hundísteis
En la inmensidad de Dios;
Los que, pájaros caídos
Volviendo á los patrios nidos,
Bajo el ala maternal,
Llevasteis las almas puras
A las mansiones seguras
De beatitud perennal:

Los que sois polvo en la vida,
Y ángeles ante el Señor;
Plantas que en fango escondida
Teneis la raíz podrida,
Y en el tallo blanca flor;
¡Perdísteis ya la memoria
De esta tierra transitoria
De miseria, de orfandad?
¡O ese acento venerando
De tumba en tumba rodando
Cae en vuestra eternidad? . . .

Tras combate furibundo
Gozais suprema quietud.
¡Dormid! que el sueño profundo
De esa eterna beatitud
No turbe un eco del mundo.

Yo os consagro un pensamiento
Hora que estremece el viento
Ese fúnebre clamor:
En mis locos desvaríos
Nunca ¡oh manes de los míos!
Nunca os olvidó mi amor.

POESIAS

Léjos ¡ay! vuestros despojos
 Y vuestras tumbas están:
 Ni en éstas caeré de hinojos,
 Ni sobre aquellos mis ojos
 Verter lágrimas podrán.
 Mas creo ver vuestro giro
 Y en mis vigiliass os miro,
 Y os tengo en mi corazon;
 Y siempre á mi lado os sientto,
 Os hablo, os toco, y ni al viento
 Que abrazo, huye mi ilusion.

Es verdad que cuando el alma
 Digna ya de santa palma,
 Su mortal prision quebrante,
 A vos se unirá en la calma
 De la eternidad triunfante;
 Mas nunca de vuestras frías
 Cenizas, las pobres mías
 Al lado reposarán.
 No: que en lejano hemisferio
 Del infortunio al imperio
 Sin nombre se esparcirán.

VI

¡Mi alma yace en soledad amarga!
 ¿Cuándo podré la deleznable carga
 En la losa de un túmulo posar?

Dios quiso que mi senda recorrieran,
 Y que mis pasos trémulos siguieran
 La duda, el desengaño y el pesar.

Si hizo nacer en mi camino abrojos,
 Puso lágrimas muchas en mis ojos,
 Y en mi pecho tambien resignacion.

¡Bálsamo celestial, santa ambrosía!
 De mis lábios cayeron día á día
 Palabras de ternura y bendicion.

POESIAS

VII

Mas ya espira el crepúsculo; brillante,
 Tras de los montes, la modesta luna
 Asoma entre la niebla, que importuna
 Cual pálido reflejo, sube en pos.

Así, al traves de un velo de misterios
 Jamas alzado por humanos bríos,
 Allá, detras de los sepulcros fríos,
 Se alza sublime la esperanza en Dios.

Setiembre 1843.

TRADUCCION

DE VÍCTOR HUGO

DUERME en la alcoba sombría,
 Cerca de un humilde altar,
 Pálido niño, á la sombra
 De alto lecho maternal.
 En tanto que así reposa,
 Su párpado virginal
 Para la tierra cerrado,
 Se abre para el cielo ya.
 ¡Cuántos sueños! . . . Mira alegre
 Un vastísimo arenal,
 De relucientes diamantes
 Cubierta su inmensidad;
 Y mira radiantes soles,
 Y hermosas que con afan
 En sus brazos, almas puras
 Llevan á la eternidad.

POESIAS

¡Dulce ensueño! . . . Ve arroyuelos
 Y oye una voz celestial
 Que del agua clara sale
 En armonioso cantar.
 ¡Qué hermosas ve á sus hermanas!
 Junto á ellas su padre está:
 Con alas, como las aves,
 Sueña á su madre mirar.
 ¡Vé tantas cosas tan bellas! . . .
 Lirios, jazmin y azahar,
 En un corredor que cubren
 Pabellones de arrayan;
 Lagos do los peces nadan
 Bajo el onda de cristal
 Que en las cañas de la orilla
 Se arruga y riza al tocar. . . .

¡Ah! duerme siempre, amor mio!
 Duerme ¡oh niño! duerme en paz.
 Tu alma de querube ignora
 Adónde tus días van.
 ¡Qué importa? Como alga muerta
 Vas por el turbio raudal:
 Te arrebatá la corriente;
 Pero tú durmiendo vas.
 Sin cuidados, sin afañes,
 Tú duermes al caminar:
 De la inquietud fatigosa
 Nunca la mano glacial
 Sobre tu cáñdida frente
 Que aun sin arrugas está,
 Con sus estériles uñas
 ¡Mañana! escribe tenaz.

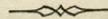
¡El pobre duerme! Los ángeles
 Que saben desde ántes, cuál
 De los míseros humanos
 La suerte cierta será;

POESIAS

Viéndole inerme y tranquilo,
 Sin temor y sin pesar,
 Le besan las manecitas
 Con lágrimas de piedad;
 Con sus lábios, de los suyos
 Rozan la miel al pasar;
 Y el niño, que ve que lloran,
 ¡Gabriel! les dice no mas.
 Pero el arcángel le toca;
 Y su cuna al menear,
 Le pone en la boca un dedo,
 Y otro alza al cielo inmortal.

Mas la madre se apresura
 El rubio niño á arrullar,
 Creyendo que algun ensueño
 Negro, le oprime tenaz.
 Con alto orgullo le admira;
 Y oyéndole suspirar,
 Le hace sonreír dormido
 Con un beso que le dá.

Octubre 1843.



SONETO

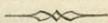
DEL tronco antiguo la raíz encubre
Pálido, el ántes verde cortinaje
Que arrancó del magnífico ramaje
El soplo audaz del aquilon de Octubre.

Así á sus plantas la vejez descubre
De ilusiones caídas el follaje,
Que, como al sol un fúnebre celaje,
Lo pasado á sus ojos tristes cubre.

Al contacto de Abril pimpollo tierno
En el yerto ramaje brota, crece
Y vive hasta las nieves del invierno :

El tronco para siempre al fin perece ;
Y solo ¡oh privilegio! el hombre, eterno
Mas allá de la tumba reflorece.

1845.



DIA NUBLADO

EN vano desde la aurora
Volví al Oriente mis ojos,
De un sol de invierno esperando
Los resplandores dudosos.

No ví las tintas de grana,
Ni los celajes de oro
Que en pliegues de luz y sombra,
En ondas de azul y de ópalo,

Flotan sobre el sol naciente,
Como pabellones rojos
Sobre la cuna tranquila
De un monarca niño y blondo ;

Ni la ráfaga que toca
Del astro al trémulo globo,
Y lentamente se aparta
Despues de ceñirle en torno :—

Beso y abrazo de madre
Al hijo inocente y mozo,
Cuando del hogar paterno
Párte á países remotos.—

Ví solo la sombra oscura
Desde el horizonte lóbrego
Guiar sus pasos de niebla
Por el firmamento todo.

Ví las cenicientas nubes,
Desplegar su espeso toldo ;
Correr, juntarse y formar
Nubarron inmenso y solo,

POESIAS

Que bajando hácia la tierra
Negro, triste y silencioso,
Parecer el cielo hacia
Mas cercano á nuestros ojos.

El aire pasaba frío
Por los árboles del soto,
Que sin hojas en las ramas,
Crugian con rumor sordo:

Los flacos miembros desnudos
De algun mendigo andrajoso,
A su contacto de hielo
Se entumecian; y atónitos,
Con el plumaje erizado,
Los pájaros melancólicos
Medio dormidos temblaban
En los huecos de los troncos.

Junta el pastor taciturno
Debajo un árbol añoso,
El rebaño que pacía
Por el ya desnudo soto;

Y el labrador entregado
A estéril, triste reposo,
De su cabaña en la puerta
Tranquilo medita y solo.

La altiva ciudad levanta,
Cual mil brazos de un coloso,
Cúpulas y torreones
De sus edificios dóricos.

Dejad que en su centro abunden
Placeres que dan sonrojo. . . .
¡Tambien el silencio reina
De esos palacios en torno!

Mas ya escasas gotas frías
A una ráfaga del noto,
Caen en el pavimento
Con triste rumor sonoro.

Pasa la ráfaga al punto,
Y una llovizna de pronto

POESIAS

En hilos imperceptibles
Desciende hasta el seco polvo.

Sutil, helada, continúa,
De la tierra á lo mas hondo,
Del cuerpo á lo mas interno
Lleva su glacial encono;

Y la sensacion que causa
Tenaz azotando el rostro,
Reproduce y multiplica
Su frío en los miembros todos.

¡Así un desengaño crudo
Hiere el corazon, y ronco
Halla un eco prolongado
Del alma en lo mas recóndito!

Las horas calladas cruzan
Bajo el cielo nebuloso,
Como fantasmas del aire
Por las noches del otoño.

Sus tardos pasos publican
Solo en los bronces sonoros,
Que en las torres de los templos
Vibran con ecos medrosos.

Pero pasan invisibles,
Como por el mundo loco
Pasa la virtud modesta
En su humilde traje propio.

Sobre sus alas el día
Corre, hácia el Poniente próximo;
Y cuando toca su frente
De la noche el dedo lóbrego,

Cae á pedazos en ella,
De sus fauces á lo hondo,
Como en popular tumulto
Los despedazados troncos,

Y así perece ese día
Sin sol, sin colores, como
En infecundo cerebro
Un pensamiento grandioso.

Día nublado es la vida ;
 Su lluvia el humano lloro,
 Y el frío del desengaño
 Hiela el ardor mas fogoso :
 Día nublado que cae
 Con sus goces ilusorios,
 En la noche de un sepulero,
 Boca de insondable golfo.

Diciembre 1843.

PAISAJE

A DON MIGUEL DE AVENDAÑO

RICOS de aroma, ricos de verdura,
 Unos montes altísimos rodean
 Valle feraz ; magnífica llanura
 Do entre mieses los ríos serpentean
 Hasta hallar en el mar la sepultura.

El llano surca el ponderoso arado
 Del tardo buey tras la profunda huella ;
 Sobre él robusto el labrador cansado,
 Va por la tierra móvil arrastrado,
 Su amor cantando en lánguida querella.

Por las verdes laderas esparcidos
 Blanquísimos rebaños discurriendo,
 Pacen la grama, ó véense reunidos

Del adusto mastin á los ladridos,
 Del honda del pastor al rudo estruendo.

El ronco són del caracol espira :
 Por la vereda retorcida y larga
 Del leñador el carro se retira ;
 Áspero cruge, y lentamente gira
 So el peso grave de la verde carga.

Un caserío, en cuyos muros viejos
 Sus vástagos la vid trepante muestra,
 Allá blanquea entre árboles añejos ;
 Bosques y caseríos á la diestra,
 Y á la siniestra mano vense al léjos.

Corta en giros fantásticos la viña
 Las amarillas mieses por el valle ;
 Y levanta la iglesia á dominalle,
 Aislada en medio á la feraz campiña,
 Airosa torre de moruno talle.

De allí se ven la ermita y la cabaña
 Que en la eminencia opuesta brillan solas :
 Playas, rocas oculta la montaña,
 Que, al quebrantarse el mar, soberbio baña
 Con las blancas espumas de sus olas.

Flores doquier ; doquier alguna fuente
 Do se miren los álamos gallardos ;
 Doquiera mece nidos el ambiente :
 Fresca la primavera, estío ardiente,
 Dan allí, al parecer, pasos mas tardos.

¡Que no pudiera yo tornar agora
 A recorrer tan mágico paraje ;
 Y arrancar de mi cítara, que llora
 Siempre de ausencia, cántiga sonora
 A tan risueño, encantador paisaje!

¡Tornar á aquellos cándidos placeres
Estériles entonces, hora que el alma
Sabe gozar, verterse en otros séres,
Y con beso de amor, dejar la calma
En el labio gentil de las mujeres!

¡Que á mi ansiedad, como los vientos vaga,
Allí no hubiera una mujer brotado;
Y con su voz, como la antigua maga,
Aquellos sitios que la brisa halaga
Hubiera en mundos de placer tornado!

Mas no sentia amor. Cual blando ensueño
Corria el tiempo sobre mí tranquilo;
Todo giraba en derredor risueño;
Dulce era el despertar, sereno el sueño
De mi rústico albergue en el asilo.

¡Todo cambió! La tempestad sombría
Su ceño asoma por el pardo monte,
Y del viento la ráfaga bravía
Nubes empuja: desaparece el día;
La sombra envuelve el mar y el horizonte.

Se aleja el labrador, con pausa toca
De su choza á la puerta; en los escaños
Al amor de la lumbre se coloca;
Y en la sierra y el valle á los rebaños
El rudo són del caracol convoca.

A la espantable voz de la tormenta,
Cual siervos ante el dueño, se doblegan
Los altos robles, y en las breñas pliegan
Y despojan sus copas de verdor.

En movimiento rápido, uniforme,
Se vé la ondulacion rauda extenderse,

Por las cumbres trepando, hasta perderse
A la par del horrísono rumor.

Surca el salobre piélago la nave
Entre un velo de bruma; álzase y choca
El onda hirviente en la gigante roca,
Ceñida por el negro nubarron.

Triste está la llanura y solitaria;
El cuervo lanza funeral graznido;
Y del viento y del mar entre el bramido,
Suenan de ermita humilde el esquilon.

Al azote del ábrego se abaten
Mustias allá las tembladoras mieses:
Aquí los melancólicos cipreses
Un cementerio indican. . . ¡Contemplad!
¡Tumbas y cruces! Lo mortal, lo eterno;
La existencia que acaba, y la que empieza;
La terrenal miseria, y la grandeza
De un mundo de esperanza y de verdad!

Como olvidada espiga en mies segada,
Estoy entre los mios que reposan;
Mi alma, en tanto, lúgubres acosan
Vagos presentimientos, hondo afan.

El cárabo se posa en los sepulcros,
Que con súbito estruendo ábrense y lanzan
Sombras opacas, que en silencio avanzan
Y como trombas por los aires van!

En vano fué arrancarme á aquellos sitios
Do me asaltaron fúnebres visiones:
¡Todavía esos negros nubarrones
Ciernen sus pardas alas sobre mí!

¡Do están los montes de verdor cubiertos?
¡Dónde los cielos y los campos? ¡Dónde
Sus flores mil la primavera esconde,
Y la fuente el cristal? . . . Ya no los ví. . .

POESIAS

Así de la infancia nuestra
Desparece la bonanza,
Tras de ráfaga siniestra
Precursora de mudanza.
Frágil pino en tarde bruna
Por irritado elemento,
Lánzase nuestra fortuna
Al porvenir turbulento.

Naturaleza augusta! Donde quiera
Que risueña ó terrible,
Con el canto de un ave pasajera,
Con la luz del relámpago visible,
Con el rumor del invisible trueno
O el mugir de los mares
Respondiste á mis íntimos pesares;
Allí te amó con frenesí mi seno,
Allí te alzó mi pensamiento altares.
Ya que los campos de mi patria, en calma
Y sin amor corriese,
O ya que al pié de americana palma
Mi corazon sin brío falleciese;
Los sitios melancólicos, salvajes,
Los risueños paisajes
Que mi vista halagaron,
Cual de una amante el suspirar primero,
Cual de una madre el sonreír postrero,
En mi memoria eternos se grabaron;
Y en mi memoria donde eternos viven,
Culto, y amor, y adoracion reciben.

Abril 1843.

MEDITACION

SONRÍE Abril: la lumbre esplendorosa
El espacio purísimo enrojece;
El aura inquieta por los valles mece
La rubia espiga de la mies copiosa:
El álamo gentil, el triste sáuce
Brindan con fresca, deleitable sombra;
Tortuoso en tanto por la verde alfombra,
Llena el arroyo el florecido cáuce.
Al junco de la márgen se entreteje
Rosa encendida, en voluptuoso enlace;
Él en su aroma virginal se place,
Y contra la onda rauda la protege.
Solitario cantor desde el vecino
Ramaje, la envidiada union celebra,
Y cuando el curso entre las guijas quiebra,
Responde el agua al melodioso trino.
Todo en redor con galanura nueva
Y juventud risueña me saluda;
Solo el viejo pesar que nunca muda,
Por la aspereza del dolor me lleva,
Como el hambriento lobo que al aprisco
Audaz arranca tímido cordero,
Y ensangrienta del áspero sendero
La aguda espina y el punzante risco.
Quizás el curso mi pesar suspende
Al borde del horrendo precipicio:
Cierra entónces mis párpados propicio
El arcángel del sueño, y me defiende.

Tal vez creyendo efímero delirio
 Mi bárbaro sufrir, despierto al punto,
 Y á los objetos próximos pregunto
 Si hay martirio mayor que mi martirio.
 —Mis ojos ven al perseguido justo
 Devorar sus tormentos y su llanto;
 Tiembla escondida la inocencia, en tanto
 Triunfante pasa la maldad sin susto.
 La enlutada orfandad en desamparo,
 La pálida pobreza advierto unidas;
 Y veo con dolor que entre otras vidas
 Surge la mía cual radiante faro.
 Infelice no soy: las que á mi alma
 Se precipitan férvidas pasiones,
 No turbaran con tristes sensaciones
 Del sabio helado la constante calma.
 Las dudas que mi espíritu oscurecen
 Su fúlgida razon disiparía. . . .
 ¿No viven el insecto, el ave un día
 Sin preguntar qué son, cómo perecen?
 Y aun hay en este bajo mundo oscuro
 Quien blanca flor de mi existencia sea,
 Y cuando el aura el amor la orea,
 Exhale para mí su aroma puro;
 Quien se apoye en mi seno cual la rosa
 En el junco flexible de la orilla;
 Quien cante, melancólica avecilla,
 En secreto su llama misteriosa.
 No obstante, alguna venenosa planta
 Se arraiga en mi interior, crece y vegeta;
 El vuelo de mi espíritu sujeta
 Cual la astuta serpiente al ave encanta.
 El conturbado pensamiento oprime
 Un horizonte lóbrego y estrecho;
 Cual rumor subterráneo, en todo pecho
 Hay un acento que incesante gime.
 Tribulacion universal! Retarda
 La noche el negro paso. . . . mas vislumbra

En Oriente una luz, arde, se encumbra,
 Y arrolla el claro sol la sombra parda.
 Las miserias que en torno la circuyen,
 La amargura que arrastra con desmayo
 La flaca humanidad, ante tu rayo
 ¡Sol de la eternidad! cual sombras huyen.—
 Cuando sucumba la materia inerte,
 De esperanza y de fé mi ánima llena,
 Para partir se ceñirá serena
 El invisible velo de la muerte.
 Así de la dorada prision rota
 El águila caudal lánzase al cielo;
 Así arrojado en el mármóreo suelo,
 Rómpele el vaso y el perfume brota.

Abril 1845.

EL SUEÑO DEL INFORTUNIO

SOLIVIAN los pesares la cadena,
 Cuando al tormento bárbaro rendido
 Doblégase el mortal, y en larga vena
 Rompe el amargo llanto reprimido:
 Entónces esparcido
 En derredor un lánguido beleño,
 Los fatigados párpados halaga;
 Y en las alas del sueño
 La mente por aéreos mundos vaga.

Ya en el fondo de lóbrega mazmorra
 Do espire no escuchado su lamento,
 Do sin que estéril compasion le acorra,
 En silencio devore hondo tormento;